

XIV Conferencia El sacrificio de la Misa

La mejor forma para asistir al santo sacrificio de la Misa es ocuparse durante este santo tiempo, fervorosamente, en la contemplación de la pasión de nuestro Divino Salvador.

Una amiga piadosa de admirable sencillez, decía hacer esto para entender mejor la misa:

-¿Qué hace usted? –le preguntan– Yo me recojo delante del tabernáculo; pero en el momento que veo la imagen de la cruz sobre la capa del sacerdote que avanza hacia el altar, yo creo ver a Jesucristo subir al calvario.

Yo me enternecía escuchándola, lloraba, y me he puesto a pensar en los sufrimientos del Señor, en cuanto amor por mí. Guarde, hermana este método, consérvelo, es preferible a otro.

El altar, es el calvario que se acerca a nosotros y es algo que está cerca de nuestros ojos; es la repetición prolongada de este gran grito de reconocimiento que se escapaba del corazón del apóstol san Pablo: “Él me ha amado y se ha sacrificado por mí”.

El Salvador nos dejó un signo de su inmolación sobre la cruz, nosotros nos adherimos a Él con toda la devoción que merece la más grande conmemoración.

¿Qué haremos nosotras cuando Él se digne realizar este memorial sagrado en cada Eucaristía?

¿Acaso la Iglesia no ha tomado algunas medidas durante la celebración de los santos misterios, para fijar nuestra atención sobre el conmovedor hecho de un Dios muriendo por nosotros?

Él quiere que nuestra mirada lo encuentre en todo momento: sobre la cruz, sobre el altar, sobre los ornamentos, en toda la liturgia. Antes que el sacerdote comience el santo sacrificio, Él lo transfigura en otro Cristo, el Esposo Divino, agobiado de dolores y saciado de oprobios.

En el manto que lleva sobre los hombros, el sacerdote reconoce la ignominia que fue arrojada sobre la cara de Jesús; la estola recuerda las cadenas que él cargaba, el alba la ropa blanca con la cual Él fue presentado al tribunal de una corte impía y de un pueblo abusivo. Todo el exterior del sacrificio tiene un mismo objetivo: Dar realce a la pasión del Salvador, inspirarse de este recuerdo, presentarse vivamente; es entonces bueno entrar en el espíritu de la Iglesia, participando la Santa Misa.

En la Santa Misa meditemos las circunstancias de la pasión, he aquí las principales: el sacerdote en el altar, es Jesucristo en el jardín de los Olivos. Ve al hombre Dios, postrado delante de los ojos de su Padre, aparece cubierto de todos los pecados del mundo, que Él ha querido cargarlos. Él aparece hasta el punto de angustiarse ante este terrible cáliz; sin

embargo Él acepta y lo bebe hasta el fondo. Mire al sacerdote como al mismo Cristo en la tierra; ni bien llegó al pie del altar, él se encuentra como Jesús al pie del jardín de los Olivos.

El sacerdote se considera también penitente universal; él gime, se golpea el pecho... ¿Y yo, permaneceré impassible a la pasión del Salvador, a su agonía cruel?.

Cuando el celebrante sube las gradas y llega al centro del altar representando al Salvador, que fue entregado a sus enemigos quienes lo torturaron como a un criminal, el Evangelio cita a los falsos testigos que lo acusan.

En el momento que el sacerdote descubre el cáliz para la ofrenda, consideremos a Jesús despojado de sus vestidos. Él ofrece su cuerpo al tormento de la flagelación, su cabeza al horrendo coronamiento de espinas.

Admire su invencible paciencia... ¿Y usted no sufre nada por Aquél que tanto ha sufrido por usted? ¿Será siempre usted un miembro delicado ante un jefe coronado de espinas?

Las milagrosas palabras son pronunciadas... el sacerdote eleva la Hostia. He aquí Jesús en la cruz, entre el cielo y la tierra. ¿Estará usted sola sin emoción? ¿Habría usted sentido tanto como si hubiera estado al costado de María en el Calvario?. Recoja las últimas palabras de nuestro Dios, dándonos a María por madre nuestra, de prometernos el cielo, como le prometió a este pecador que su gracia lo convirtió en esa misma hora.

Sobre el fin de la Misa acompañemos a Jesús, Él va a consolar a los justos, que van a salir de su prisión, salvar a las almas del purgatorio, aliviar sus penas, aplicando los frutos de la Misa y de las obras satisfactorias que usted hará durante el día.

Por último, por la comunión, al menos espiritualmente honremos la sepultura de Jesucristo con un corazón puro, tal es la tumba donde Él quiere ser depositado; pero como Él no ha muerto sino que ha resucitado gloriosamente, oremos para que comunique a nuestra alma una virtud de resurrección que se manifieste en una vida nueva y toda celeste.

Así sea.